

# GENERACIONES

lucille clifton

traducido por Laura Salas Rodríguez

## Introducción

¿Cuál es nuestra relación con la historia? ¿Le pertenecemos, o nos pertenece? ¿Nos hallamos en su interior? ¿Corre por nuestras venas y fluye como agua, o como sangre?

Creo que, al menos en Estados Unidos, las respuestas a esas preguntas dependen de quién eres —o, mejor dicho, de quién te han enseñado a creer que eres—. Si la historia de la que descendes ha sido trazada, adaptada, mitologizada, representada y transmitida como si fuese la historia central que define un continente, quizás haya que perdonarte (hasta cierto punto) por haber sucumbido a una distorsión colectiva.

Pero ¿qué ocurre si procedes de una historia que el mundo en general ha registrado, no como vidas y hazañas, sino como artículos de inventario? Hombres, mujeres, niños, enumerados según su edad y su valor como propiedad. ¿Qué ocurre si la amplitud de esas vidas —lo que soportaron, sí,

pero también lo que engendraron, recordaron, presenciaron y consiguieron— ha sido acallado, negado, tachado, o directamente borrado? ¿Qué ocurre si recuperar tu historia completa arroja una luz descarnada sobre la mentira de esa otra historia, más ruidosa?

Eso es: luz. Ha tardado tres párrafos en irrumpir como metáfora, a pesar de que recorre la obra de Lucille Clifton como una fuerza vital. La luz viene a ella. La luz habla. La luz emana de las figuras de la historia y el mito, como Lucifer —«el que trae la luz» a Dios—, a quien Clifton reivindica como tocayo y a quien hace declarar en su poema:

iluminar podía  
de modo  
que iluminé

Si lo que pretende difundir la obra de Clifton es luz, entonces me inclino a pensar que la historia, tal como nos vemos condicionados a aceptarla, no se refracta, es homogénea y, además, deslumbrantemente blanca. En cambio, la imaginación de Clifton es prismática; ralentiza la historia central para que podamos ver de qué está hecha en realidad: todos esos colores resplandecientes se mueven en diferentes frecuencias y, según las circunstancias, en direcciones distintas.

En *Generaciones*, sus memorias poéticas en prosa, una epopeya emocional de poético laconismo publicada en 1976, Clifton, con ocasión del funeral de su padre, da fe de las vidas vividas y de las marcas que dejaron las generaciones

de personas de las que desciende. Al principio son nombres, fechas y lugares. Como Caroline Donald —mamá Ca'line—, «nacida libre en el seno del pueblo dahomeyano en 1822 y muerta libre en Bedford (Virginia) en 1910». Reinscribir esas vidas en una historia registrada es devolver la propia historia a un justo estado de conmoción.

Una vez nombrados, los parientes no llegan de uno en uno sino en masa, revividos a través del ritmo y la inflexión de las voces, como la del propio padre de Clifton, Sam Sayles, en cuyo ritmo vernáculo mamá Ca'line no aparece tanto descrita como conjurada:

Ajá, era alta y flaca, y caminaba más tiesa que un soldado, Lue. Tiesa como si estuviera en un desfile, fuese donde fuese. ¡Y hablaba con acento de Oxford! No estoy de broma. Que nadie te diga que los mayores eran ignorantes. Hablaba como si fuese de Londres, de Inglaterra, y cuando los niños nos poníamos a correr, a dar vueltas y a chillar, se acercaba a la puerta, me miraba a los ojos, movía el dedo y decía «¡Para ahora mismo, caballere, esto no es el manicomio de Bedlam!». ¡Con acento de Oxford, Lue! Era una señora mayor, oscura y flaca, que había criado a mi padre y luego me crio a mí, al menos hasta que tuve ocho años, porque entonces se murió.

En los «ajá» y los «Lue» de Sayles, así como en sus exclamaciones y en su insistencia, oigo algo que no es solo expresivo, sino más bien jubiloso y —con toda seguridad— oracular. Está inmerso en el proceso no solo de narrar, sino

de crear y consagrar la capacidad de creer y comprender tanto en su hija como —si escuchamos con atención— en los lectores de su hija. El pasaje citado transita plácidamente hacia el siguiente momento de amplitud creciente, cuando el padre de Clifton nos cuenta que, con ocho años de edad, mamá Ca'line «caminó hacia el norte, desde Nueva Orleans a Virginia, en 1830», donde la vendieron y la separaron de su familia:

Recuerdo todo lo que me contó, porque, claro, cuando tienes esa edad eres lo suficientemente mayor para recordar las cosas. Recuerdo todo lo que me contó, Lue, aunque se muriese cuando yo tenía ocho años. Y además sabía de qué se acordaba porque esa era la edad que tenía ella cuando llegó aquí. Ocho años.

La profundidad de los sentimientos, saberes y pérdidas de mamá Ca'line —en otras palabras, la realidad de su persona— afirmaba la realidad del propio Sam Sayles y a su vez se veía afirmada por ella. En tanto que niño afligido, él encontraba profundidad de sentimientos y saberes, o la generaba, a través de lo que él creía que mamá Ca'line, presa de su propia aflicción, había tenido que encontrar o generar.

Estas son las vidas que la historia dominante de Estados Unidos, tal como la definen las ideas y aspiraciones de la identidad blanca, ha dejado caer en la sombra. Para favorecer su imagen preferida, Estados Unidos ha dejado estas historias abandonadas, sin nombre, como las tumbas de los

esclavos en las tierras transmitidas de generación en generación de blancos. Una de las mayores contribuciones de la escritura de Clifton es que desenreda estas vidas y les permite ocupar el debido espacio, atraer toda nuestra atención, enseñarnos cosas sobre sí mismas y sobre nosotros.

Pero no basta con desenredar, con separar y dividir. El propósito de Clifton es enseñarnos a ver que, de hecho, avanzamos juntos y que, de hecho, somos parte de un todo mayor. Si ese todo está unido, la unidad no es lo que nos han enseñado a creer; no es conformidad, ni asimilación, ni una jerarquía reforzada. Tampoco se trata de una simple huida. ¿Cuál es, entonces, la visión de Estados Unidos que Clifton pretende iluminar?

Cuando se coloca un prisma junto a otro, todos los colores diferentes —rojo, naranja, amarillo y demás— se unen, y juntos empiezan a moverse en otra dirección.

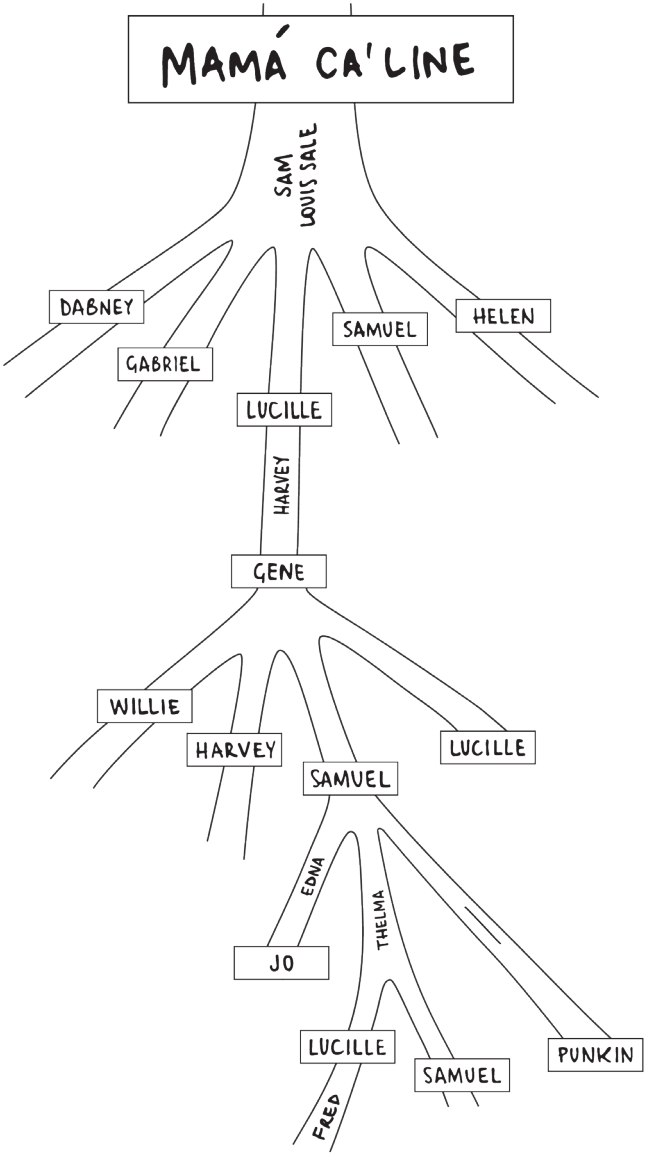
Hay algo más que quiero pedirles que tengan en consideración, mientras se pierden y quizás se encuentran en las generaciones de la familia Clifton. Me parece significativo el hecho de que se invoque la voz de Walt Whitman junto con la poesía cotidiana sacada de las bocas de los ancestros de Clifton. En este contexto, el «Canto a mí mismo» de Whitman ya no es una música estadounidense familiar, sino una invitación a reconfigurarse a uno mismo de forma radical. En otras palabras, cuando se coloca el «Me canto a mí mismo, / Y lo que yo acepto tú lo aceptarás, / Pues cada átomo de mí también es parte de ti» junto a un retrato del abuelo y la bisabuela de Clifton, lo que se me da a entender es esto: aquí en Estados Unidos, y quizás en todos sitios,

da igual lo que se nos haya hecho creer que somos, somos  
—todos nosotros— hijos de esclavos.

TRACY K. SMITH  
5 de junio de 2021

## **Generaciones**





*para*  
*Samuel Louis Sayles, padre*  
*Papá*  
*1902-1969*  
*que está en Algún Sitio*  
*y es un Hombre*

«He aquí que todas estas cosas han visto mis ojos,  
Y oído y entendido mis oídos.  
Como vosotros lo sabéis, lo sé yo;  
No soy menos que vosotros».

Job 13, 1-2<sup>1</sup>

«Haz lo que quieras, vienes de mujeres dahomeyanas».

La mujer llamada CAROLINE DONALD SALE  
nacida libre en Afrika en 1822  
muerta libre en Estados Unidos en 1910

1 Reina-Valera, 1960. (Esta y el resto de las notas son de la traductora)

**CAROLINE E HIJO**



«Me canto a mí mismo,  
Y lo que yo acepto tú lo aceptarás,  
Pues cada átomo de mí también es parte de ti».

WALT WHITMAN, «Canto a mí mismo».<sup>2</sup>

2 Todos los fragmentos del «Canto a mí mismo» pertenecen a la edición de *Hojas de hierba* de Austral, 2019 (edición electrónica). Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán.

## 1

La mujer dijo

vi su anuncio en el periódico de Bedford y pensé qué interesante, así que se me ocurrió llamarla para decirle que yo también me apellido Sale y que he recopilado y publicado por mi cuenta una historia de la familia Sale/Sayle, del condado de Bedford, en Virginia; será un placer enviársela. Pero ¿por qué le interesan los Sayles?

La voz al otro lado del teléfono es dulce y blanca. ¿Qué le digo yo a esta señora blanca? ¿Qué importa, ahora que papá está muerto y yo soy una Clifton?

¿Ha oído hablar de un hombre llamado John F. Sale?, pregunto.

Claro, era tío abuelo mío, creo. Está contenta y entusiasmada.

Bueno, mi nombre de soltera era Sayles, le digo.  
¿Cómo se llamaba su padre?, pregunta. Está dando saltos al otro lado del teléfono.

Samuel, digo.

Se queda perpleja. No recuerdo ese nombre, dice.

\*\*\*

¿Quién recuerda los nombres de los esclavos? Solo los hijos de esclavos. Los nombres son Caroline y Lucy y Samuel, digo. Nombres de esclavo.

Oooh, exclama. Ay, eso es horrible. Y se hace el silencio.

Entonces me dice que las cabañas de los esclavos siguen allí, en el hogar de los Sale, donde ella vive, y las tumbas de los esclavos están allí, sin nombre. Las tumbas de mi familia. Recuerda el nombre de Caroline, dice, a sus padres los trajo al mundo la comadrona, mamá Caroline. La comadrona mamá Caroline.

¿La casa de los Nichols sigue ahí?, pregunto.

Sigue, con la familia dentro, dice. Distingo consternación en su voz.

Y me apresuro a aliviarla. ¿Por qué? ¿Acaso llevo en la sangre reconfortar a esta señora blanca de voz débil? Ahora soy una Clifton, digo. Solo quería enterarme de esas cosas. Es solo por curiosidad, digo. Ha pasado mucho tiempo, y solo quería saber.

Puedo ayudarla, suspira. Puedo ayudarla.

Pero nunca vuelvo a oír su voz.

Sin embargo, envía la historia que ha recopilado y en ella están los nombres de sus familiares. Y en su familia abundan los nombres de nuestra familia, como una profecía. Veo que es la última de su linaje. Es anciana y soltera, le quedan una casa y un apellido. Miro a mi marido y a nuestros seis hijos y siento a las mujeres dahomeyanas haciéndose fuertes en mis huesos.

«La llamaban Ca'line —nos contaba papá—. Nunca la oí decir cuál era su nombre africano. Una vez le pedí que me lo dijera y negó con la cabeza. Pero caerá en el olvido, le grité, caerá en el olvido. Se limitó a sonreír y dijo “No te preocupes, caballere, no te preocupes”».